

LAPONIA FINLANDESA

Crónica de un viaje al país de Papá Noël

Juan Manuel Sandín Pérez

Por fin, tras más de un mes en Finlandia trabajando en los interminables bosques del centro del país, había llegado el gran momento: íbamos a conocer Laponia. Era finales de abril, y varios días de vacaciones iban a permitirnos pasarlos alejados aún más si cabe del “mundo civilizado”. Y digo esto último porque cuando uno se encuentra a orillas del lago Inari, en el corazón de Laponia, rodeado de miles de hectáreas de bosques, la sensación que experimenta es indescriptible.

La estación de ferrocarril de Helsinki, custodiada por tres bustos humanos de piedra, aparecía al anochecer cubierta por una tenue neblina, mientras los últimos vestigios del invierno se acumulaban en algunas calles, en forma de pequeños montones de nieve, ahora convertidos en masas grisáceas de hielo.

Al montar en el tren la ilusión se multiplicó: comenzaba una aventura que nos llevaría a casi mil kilómetros al norte, a los verdaderos confines del continente.

Lo primero que nos llamó la atención es lo confortable del vagón: un acogedor compartimento de enmoquetado suelo (los finlandeses tienen la costumbre de descalzarse cuando van de viaje y cuando entran en casa), provisto de una litera de tres camas, una para cada uno, y un pequeño lavabo con tarrinas de agua potable por si la sed te despertaba en plena noche. Tomamos algo en la cafetería para reponer fuerzas y terminar de organizar planes y horarios, y nos retiramos a descansar.

La claridad del amanecer nos sorprendió aún en camino, llegando a Oulu, nuestro primer destino, donde deberíamos hacer transbordo. Al bajar nos percatamos de que no sólo habíamos viajado en el espacio, sino también en el tiempo, pues a medida que nos alejábamos del Sur del país, el invierno se resistía a desaparecer. Y la ciudad costera del golfo de Ostrobotnia aparecía aún cubierta por una gruesa capa de nieve.

Dos horas después, en otro tren, éste más parecido a nuestros expresos, traqueteábamos rumbo a Rovaniemi. Cada vez se veían menos ciudades por las ventanillas, y en su lugar los bosques de píceas flanqueaban las vías

ininterrumpidamente, hasta que por los altavoces una voz anunció que estábamos llegando a la capital administrativa de Laponia.

Rovaniemi es una modesta ciudad de 35 000 habitantes, y sin embargo la más poblada del Norte de Finlandia, rodeada de un “cinturón” rural de pequeñas aldeas rojas, que suman otros 25 000 habitantes.

Un importante museo -el Artikum- un palacio de congresos y un pequeño centro de comercio son algunos de los atractivos de Rovaniemi, que sin embargo es más conocida por tener en sus proximidades dos lugares emblemáticos. El primero, el Santa Park, es la residencia oficial de Santa Claus, y hasta él llegan cada año, especialmente en época navideña, miles de personas de todo el Mundo. El otro es el “Nappapiri”, o lugar donde la línea imaginaria del Círculo Polar Ártico atraviesa el país.

Pero nosotros queríamos conocer la verdadera Laponia, la del pueblo sami y los renos salvajes, aquel rincón de la vieja Europa donde los animales no conocen el miedo al ser humano.

A medio día, el autobús que nos conduciría hasta Inari, 400 Km al norte, arrancaba sobre una carretera totalmente helada.

Según nos alejábamos, los turistas bajaban en los numerosos complejos turísticos, pertrechados de esquís y gruesas ropas de gore-tex, de forma que cuando alcanzamos la siguiente población importante, sólo quedaban en el autobús unos pocos nativos y nosotros.

Ivalo es una pequeña población, donde tiene sus oficinas principales el Metsähallitus, que es la delegación estatal del Ministerio de Agricultura y Bosques, que se ocupa de administrar los recursos naturales de la región.

Después de Ivalo la carretera se convierte en una sinuosa y delgada línea que avanza bordeando el imponente lago Inarijärvi por su parte occidental, a través de bosques de pino silvestre cuya anaranjada corteza destaca entre el albo paisaje que los rodea. Los rigores impuestos por la latitud impiden ahora el desarrollo de los espesos y altos bosques que habíamos atravesado.



Inari. Paisaje típico de Laponia finlandesa

De repente, tras una de las curvas, aparece un grupo de casas. El autobús se detiene al llegar a ellas, y el conductor, que no habla inglés, anuncia: "Inari".

Bajamos y cogemos nuestras mochilas, buscando con la vista el hotel donde teníamos previsto alojarnos.

Cuando el autobús se pierde de vista, se hace presente uno de los elementos que más profundamente quedan grabados cuando visitas estas tierras: el silencio. La ausencia total de ruido, sólo perturbada por el canto de algún pajarillo cercano o el motor renqueante de algún viejo automóvil que raramente circula por la carretera.

Miramos a nuestro alrededor, contemplando la grandiosidad del paisaje dominado por el verde follaje de los pinos y la blanca superficie helada del lago, y después nos miramos con los ojos humedecidos por la emoción: estábamos en Laponia, lejos del resto de los mortales y más cerca de lo que nunca habíamos estado de la Madre Naturaleza, de nosotros mismos.

Preguntamos por el hotel a tres ancianos que permanecían sentados en tres grandes tocones de abedul junto a la puerta de lo que parecía ser una pequeña tienda, y que tras inspeccionarnos de arriba abajo, se pusieron a hablar entre ellos. Hasta que el del medio se levantó, y con una sonrisa y un guiño de complicidad nos señala con el dedo un discreto edificio.

Al entrar, para nuestra alegría, vemos que se trata de un modesto hostel de carretera, donde sin duda podríamos convivir con viajeros de diferentes nacionalidades: rusos, noruegos, suecos, etc. Atravesamos el bar, donde la gente conversa animadamente mostrando un comportamiento mucho más extrovertido que el finlandés típico, dejamos las cosas en nuestra habitación, y nos vamos a dar una vuelta por el pueblo.

La mayoría de las casas son de madera, con la típica forma finlandesa, y con una moto de nieve en la puerta, medio de transporte básico para moverse por aquí en invierno. Un poco más lejos llama nuestra atención un edificio circular más moderno, que después averiguaríamos que es el Parlamento Sami, y que a mí me recordó épocas pasadas, cuando en León los mayores se reunían en torno a un centenario roble o castaño para tratar los asuntos de interés común.

De regreso al hotel, cenamos un plato típico: carne de reno estofada con puré de patata y mermelada de arándanos, toda una delicia gastronómica. Y pasamos al bar, donde en poco tiempo entablamos conversación con Igon, un alemán cuya pasión por las auroras boreales le había llevado hasta Inari con la esperanza de ver y fotografiar alguna. Y también con una pareja de chicos de Oulu, y con Vesa y Timo, dos hombres lapones que nos hablan de las Canarias (curioso), y nos preguntan acerca del motivo de nuestra estancia en Inari, ofreciéndonos su ayuda si la necesitamos.

La noche termina con un brindis por Laponia, nuestra anfitriona, y por los lapones, con una bebida típica de regaliz, equivalente a nuestro licor de hierbas.

Al día siguiente madrugamos para ir de excursión hasta la llamada "Iglesia salvaje de Pielpajärvi", construida en el S. XVIII en medio del bosque. En el comedor nos encontramos con Igon, bajo de moral tras la última y nublada noche. No ha habido suerte con las auroras, nos dice. Quizás hoy.



Cabañas samis entre un bosque de abedules en el norte de Laponia

Camino de la iglesia, después de ver una ardilla y varios arrendajos funestos, atrevidos y frecuentes pájaros en los bosques de Inari, llegamos a un pequeño lago. Allí, a unos cientos de metros, para nuestra sorpresa, había una manada de renos. Con lentos movimientos logramos acercarnos increíblemente a ellos para hacerles una foto. Pero de pronto vemos acercarse por el lago una moto de nieve que arrastraba una especie de trineo. Al llegar a un punto, el hombre que la conducía se puso a emitir un curioso grito, y reponiendo a éste, un sin fin de renos que habían permanecido ocultos en el bosque, comenzaron a bajar al lago. Le hacemos una seña, y nos acercamos. Nos indicó que montáramos en el trineo, y echáramos de comer heno a los animales, mientras él se movía en círculos por el lago. El sami no sabía hablar inglés, pero cuando le mostramos la foto de la iglesia de Pielpajärvi asiente con la cabeza y nos deja junto al camino que llevábamos antes, indicándonos la dirección a seguir. Le damos las gracias, "kiitos" en finés, y proseguimos nuestra ruta. Al fin llegamos a la iglesia, cuya vetuada madera rojiza soporta los duros inviernos del ártico durante más de 200 años estoicamente. Entramos y estampamos nuestros nombres en el libro de firmas. Después de comer unos bocadillos en las cabañas cercanas, nos disponemos a volver, no sin antes declarar una "guerra" de bolas de nieve a Alemania, que ganamos los "españoles" por abrumadora mayoría de "fuego" enemigo.

Llegamos al atardecer, comentando aún el emocionante encuentro con el pastor de renos, y tras una relajante sauna en el hotel, adictiva costumbre finlandesa que practican todos sus habitantes con asiduidad, cenamos y jugamos unas partidas de billar antes de subir a dormir, dejando a Igon pendiente de un cielo que seguía encapotado.

El sábado resultó también algo desapacible pero de ambiente templado para la época del año, por lo que decidimos ir a ver el museo SIIDA, levantado a orillas del Inarijärvi, que muestra una amplia y valiosa colección de material relacionado con la cultura y la forma de vida de los sami, incluyendo también una sala con dioramas y montajes sobre la vida salvaje y ecosistemas de las latitudes nórdicas. Un museo grande y realmente interesante.

Tras la visita, y descartada la opción del Parque Nacional de Lemmenjoki, a 15 km, ya que no había servicio

de autobuses ese día, ocupamos el resto de la tarde en pasear por el lago y por las orillas del río Juutuajöki, cuyos rápidos estaban derritiendo ya la nieve de su cauce. Y nos entretuvimos intentando identificar las huellas de animalillos impresas en la nieve; a saber: de liebre, unas que parecían de marta, y otras muy pequeñas que debían ser de algún ratoncillo o musaraña. Pero sin saberlo, habíamos sido observados durante todo este tiempo por unos grandes ojos amarillos, los de una lechuza gabilana, cuyo blanco pecho inflado barreado de oscuro le daba el aspecto de un pompón de gorro de lana enfadado. Posada en el vértice de un silvestre de gran porte, vigilaba todos nuestros movimientos ladeando la cabeza. Lentamente saqué la cámara, pero justo en ese momento algo llamó la atención de nuestra amiga, que emprendió silenciosamente el vuelo perdiéndose entre los árboles.

Antes de ir a cenar nos pasamos por una tienda de artesanía sami, en la que compramos un recuerdo. Paloma eligió un frasco de mermelada de "lakka", la exquisita mora anaranjada que crece en Laponia. Jesús prefirió una navaja con el nombre de Inari impreso en el lateral, y yo me decanté por una típica taza "kuksa" de madera, que en Finlandia usan para beber el té cuando sale al campo, y que quería conseguir desde hace tiempo.

A la mañana siguiente, muy temprano, tras despedirnos de Igon, que se quedaba unos días más en Inari para tratar de ver una de sus escurridizas "revontulet", salimos hacia el lugar donde tres días antes el autobús nos había dejado.

Pero al ver que el tiempo pasaba y no había señal de autobús alguno, Paloma sacó un arrugado horario de su bolsillo, y tras revisarlo dijo:

-No puede ser.

-¿El qué? –preguntamos intrigados Jesús y yo.

-Pasó hace una hora por aquí. Y no hay ninguno hasta el lunes.

-Pero nos habían dicho que llegaba a Inari a las ocho.

-Sí, pero hay un asterisco, fijaos.

Y allí estábamos, el día de Pascua, con las mochilas a la espalda, a bajo cero, en los confines de Europa, sin posibilidades de regresar a Helsinki. Irónico, y totalmente surrealista, dijimos, mientras el profundo silencio lapón nos envolvía, y un tímido sol se asomaba a un cielo por fin radiante.

Estoy convencido de que en nuestro interior deseábamos que ningún autobús pasase por aquí en meses, y quedarnos en Inari hasta que toda la nieve se desapareciese. Pero nuestras obligaciones "oficiales" no nos lo iban a permitir.

Así que, confiando en el destino, nos pusimos a hacer autostop. Después de casi una hora y ¡sólo 4 vehículos!, una furgoneta paró a nuestro lado y se ofreció a llevarnos hasta Ivalo, donde podríamos coger más autobuses hacia el sur.

Se trataba de un matrimonio mayor que vivía cerca de Tampere, pero que venía de Rusia, de llevar comida y ropa a un colegio de huérfanos. Ella era de Utsjoki, una pequeña aldea lapona. Nos comentó que iban todos los años.

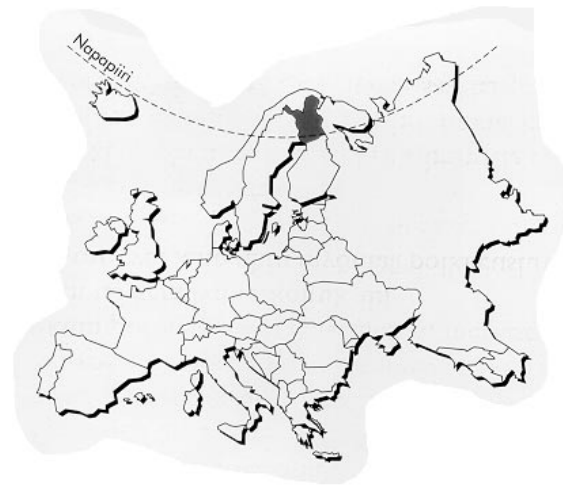
No tiene precio ver las caras de los niños cuando te ven llegar con la comida y las cosas, comentaba.

Y así, escuchando esta historia de solidaridad, deja-

mos atrás "Lappi" y su entrañable e inolvidable mundo, prometiendo volver pronto a "perdernos" de nuevo entre sus bosques y lagos con renos y gentes hospitalarias.. Y tuve la certeza de que tras aquel viaje no éramos ya los mismos.

Una última frase se me quedó grabada justo antes de despedirnos:

-“Amo Laponia, -nos confesó Leena, -aquí está mi corazón”.



Situación de Laponia finlandesa en Europa

COORDENADAS

SITUACIÓN

La Laponia finlandesa está comprendida entre los paralelos 66 y 70 de Latitud Norte, en Finlandia. Limita al N con Noruega, al S con la región de Oulu, al E con la Rep. Autónoma de Carelia (Rusia), y al O con la Laponia sueca.

El Círculo Polar Ártico atraviesa su territorio a la altura de Rovaniemi.

Está dividida en 4 distritos administrativos: Rovaniemi (al sur), East Lapland, Tunturi Lappi y Northern Lapland, que ocupan una superficie de 95 000 Km².

Con un total de 190.000 habitantes en 2003, de los que 3700 eran Samis, la raza autóctona de Laponia. La densidad de población es muy baja: menos de 2 hab./Km² (0.2 en Savukoski, al este).

Su economía se basa en los recursos forestales* (Kemi, Tornio); el turismo de invierno (Rovaniemi, Sodankylä, Muonio, Kittila) y de naturaleza (Hetta, Saariselka, P. Nac. de Lemmenjoki y Urho Kekkonen); el sector servicios (Ivalo, Posio); y la recolección de frutos silvestres y la cría de renos (Inari, Utsjoki).

Kemi y Rovaniemi tienen además sede de la Universidad pública de Finlandia.

CLIMA

Del tipo "bosque nivoso con inviernos húmedos y fríos" de la clasificación climática de Köppen.

Los cambios de tiempo son frecuentes y bruscos en ocasiones.

Las temperaturas son relativamente altas para estas latitudes debido a la influencia de la Corriente del Golfo, con valores medios anuales entre 0 y -2 °C. Medias invernales de -16 °C en Sodankylä (centro de Laponia), que pueden descender hasta 30 °C bajo cero o incluso menos con aire continental seco. Aproximadamente 14 °C en verano, sobrepasando raramente los 25 °C.

Precipitaciones medias en torno a 550-600 l/m²/año, que disminuyen ligeramente hacia el Norte, siendo marzo el mes más seco y julio el más lluvioso. Valores de evapotranspiración anual rondando los 200 mm, lo que asegura superhábit de agua en el suelo durante todo el año.

La nieve aparece a finales de octubre y no se derrite por completo hasta finales de mayo o junio, suponiendo la mitad de todas las precipitaciones. Su espesor medio oscila entre los 70 cm en el sur hasta los 1-2 m en la zona montañosa del oeste. En el norte es de 50-60cm.

GEOLOGÍA Y PAISAJE

El substrato sobre el que se asienta Laponia se compone de gneis graníticos formados hace 2500 m.a. El relieve ha sido modelado por sucesivos períodos fríos, el último de ellos la Glaciación de Weitchel, hace 20 000 años, cuyas masas glaciares al retirarse dieron lugar a pequeñas colinas orientadas paralelamente a la dirección seguida por el hielo (NE-SW), visibles aún en la actualidad, y que también formaron cañones fluviales como el de Kevo, o deltas con los sedimentos arrastrados, como el del río Ivalojoiki, en Ivalo.

Así pues, sobre un paisaje predominantemente llano y con altitudes medias modestas, avenado por varios cursos de agua importantes y algunos lagos, sobresalen una serie de colinas, "vaara" en finés, que rondan los 500-600 metros.

* En 1995 el volumen total de talas en todo el país fue de 55 mill. de metros cúbicos.

LUCES EN LA OSCURIDAD

Unas 200 noches al año, el cielo de Laponia se ilumina con un extraordinario fenómeno que parece tener vida propia: "revontulet" en finés, que significa "fuegos de zorro".

Para los antiguos sami, un zorro al correr por las colinas nevadas, rozando con su cola la nieve, crearía las chispas que vuelan hacia el cielo formando los misteriosos resplandores.

Este indescriptible fenómeno óptico, que no es otro que la aurora boreal, puede contemplarse en las oscuras y despejadas noches árticas de otoño y en febrero y marzo, principalmente.

El causante es el Sol, que emite continuamente un flujo de energía denominado plasma solar, formado por millones de partículas con carga eléctrica que son enviadas al espacio. Algunas

de éstas (muy pocas), logran entrar en las capas superiores de la atmósfera terrestre, pero son desviadas hacia los polos por el campo magnético de la Tierra. Al atravesar la ionosfera, chocan con los iones de O₂ y N originados en ella por los rayos UV solares, excitándolos, y éstos responden emitiendo, luz verde, los de oxígeno, y roja los de nitrógeno.

Sodankylä es la sede del más importante instituto dedicado al estudio de las mismas, que también ofrece un servicio de alerta de auroras a través de mensajes de móvil.

El llamado *Sol de Medianoche* es la otra gran curiosidad astronómica. Debido a la posición de las latitudes árticas, al Norte del Círculo Polar, durante el verano el sol no se pone tras el horizonte al menos durante un día (73 días consecutivos en el extremo septentrional del país). El día ártico tiene su opuesto en invierno, durante el "kaamos" o período de oscuridad, cuando el sol permanece oculto a lo largo de 54 días en Nuorgam y 39 a la latitud de Ivalo.

LAS SELVAS BOREALES

Laponia finlandesa es en realidad, aunque pueda parecer extraño debido a las condiciones climáticas que en ella imperan, un inmensa "selva", exceptuando su zona más septentrional, ocupada por el bioma de tundra.

La taiga, que tapiza gran parte de su territorio, es un tipo de bosque, el boreal, que supone un tercio de la superficie arbolada del Planeta. 1.3 a 1.5 millones de Km² a través de Alaska, gran parte de Canadá, N de Escandinavia y Rusia, y el N de Escocia.

Con 26 millones de Has de terreno forestal (el 76% de su territorio), y 120 000 de ellas consideradas vírgenes, Finlandia es la nación más "verde" de Europa.

El bosque boreal en Laponia se compone de tres especies arbóreas principales: el abeto rojo (*Picea abies*), el pino silvestre o de Scott (*Pinus sylvestris*) y el abedul (Gén *Betula*).

La primera se extiende por la parte más meridional, rarificándose a medida que ascendemos en latitud, ocupando su lugar el pino silvestre, que crece sobre las laderas de las colinas y alrededor de los lagos.

Una estrecha franja en el centro de la región es de bosque caducifolio, con abedules, serbales, etc, aumentando la riqueza biológica de esta parte del país. En el Norte aparece el abedul enano (*Betula nana*), el último representante en desaparecer del grupo de los árboles. Su porte es sinuoso, y su talla pequeña, de unos pocos metros, debido a la poca profundidad del suelo útil, al *permafrost* y al corto período de actividad vegetativa anual.

Finalmente, la tundra toma el relevo en la zona montañosa, especialmente al oeste, con especies arbustivas ralas como el arándano ártico (*Vaccinium uliginosum*) y pequeñas plantas como los cárices o el té del Labrador (*Ledum glandulosum*)

En las orillas de los ríos y lagos crecen sauces y álamos temblones, y también abedules pubescentes.

En el interior de los espesos bosques húmedos de coníferas,



Amanecer en el Ártico

entre los anaranjados troncos de los pinos, habitan aves como el urogallo, cuya población está estimada en 750 000 individuos adultos en Finlandia (Lindén, 1996); los lagópodos (*Lagopus* spp), con su blanco plumaje invernal; o la lechuza gavihana (*Surnia ulula*), una de las estrigiformes más frecuentes, de ojos amarillos y tonalidades claras, que suele verse posada en lo alto de algún poste o ápice de árbol. En cuanto a mamíferos, el glotón (*Gulo gulo*), con su aspecto ursino, es un mustélido de mediano tamaño considerado el carnívoro más frecuente del Ártico. La marta y la ardilla son también comunes, y la primera aprovecha cualquier ocasión para capturar algún piquituerto (Gen. *Loxia*) o herrerillo siberiano (*Parus cinctus*). Más difíciles de capturar son los arrendajos funestos (*Perisoreus infaustus*), el equivalente lapón de nuestros arrendajos.

Los renos de los bosques (*Rangifer tarandus*) y los alces (*Alces alces*) son sus dos grandes herbívoros.

En el suelo crecen un sinnúmero de bayas silvestres, como el arándano de montaña (*Vaccinium vitis-idaea*), de bayas rojas, y el *Empetrum nigrum*, de bayas negras, ambos con hojas perennes. Y otras plantas como la cola de caballo (Gén. *Equisetum*) o los *Lycopodium*.

Otro ecosistema presente en Finlandia, y por ende en Laponia, son las turberas. Se forman por la acumulación de restos orgánicos de líquenes, musgos y otras plantas, en zonas pantanosas pobres en oxígeno y en ambientes

fríos y húmedos. De este modo, la descomposición de los mismos se produce muy lentamente, dando lugar a montículos característicos en las zonas subárticas, que pueden alcanzar desde 0.5 a 7 metros, denominados palsas, y cuyo núcleo está formado por material congelado. Pueden verse en el área de Enontekiö, y Kevo.

Las turberas son biotopos muy interesantes, que actualmente están siendo recuperados en todo el país tras los nefastos drenajes practicados por el hombre durante la década de los 50 y 60 para instaurar nuevas tierras de cultivo. Tan típicas son que hasta dan nombre a Finlandia, también conocida como Suomi, ya que la raíz "suo" significa turbera en finés.

En ellas crecen especies como la mora de los pantanos (*Rubus chamaemorus*), cuyos anaranjados frutos que maduran en julio son muy valorados, o musgos del género *Sphagnum*, así como la *Utricularia intermedia*, adaptada a vivir en medios encharcados, o el brezo (*Calluna vulgaris*). Los animales que gustan de estas zonas húmedas son correlimos, colimbos, anátidas, grullas (¡los mismos ejemplares que pasarán el invierno en nuestras dehesas!) y la lagartija de turbera (*Lacerta vivípara*), único reptil de Laponia junto con la víbora europea.

Capítulo aparte merecen los mosquitos, que a finales de primavera forman aquí auténticas nubes, "hyttysparvi" para los lapones, cuyas hembras acribillan a cualquier animal. Mientras que los machos se alimentan exclusivamente de néctar.

Respecto a las zonas de tundra, están habitadas por numerosas especies de roedores: lemmings, topillos (Gén. *Microtus* y *Ctenomys*), escribanos lapones (*Calcarius lapponicus*), liebres boreales (*Lepus timidus*), y el zorro ártico (*Alopex lagopus*), actualmente en peligro, debido, entre otros factores, a la expansión del zorro común hacia el Norte gracias a unas anormalmente benévolas condiciones climáticas.

EL LAGO INARI

El entramado lacustre del "país de los mil lagos" es impresionante: 188 000 lagos que suponen el 10% de la superficie total de Finlandia, con más de 180 000 islas en su interior.

Entre todo este laberinto de bosques y agua, el Inarijärvi, el más importante de Laponia y el tercero más grande en extensión,

en el distrito de Northern Lapland, es mucho más que un lago. Se trata de un lugar de connotaciones mágicas y sagradas para el pueblo sami, y un valiosísimo refugio para la vida silvestre: gaviotas, nutrias, truchas, salmones, el "white fish" (*Coregonus clupeaformis*), muy importante para la economía familiar de algunas familias sami, etc. Por este motivo algunas de sus 3318 islas, especialmente de la zona oriental, la mejor conservada, tienen el acceso prohibido, gozando de la categoría de santuario natural. Tanto el lago como sus áreas limítrofes están incluí-



El pito negro, uno de los habitantes de los bosques boreales

das dentro de la Red Natura 2000, y forman parte de las Áreas Húmedas de Importancia Internacional del Convenio RAMSAR.

Su profundidad normal es de 14'3 m, aunque en algunas zonas alcanza los 92 m. En julio la temperatura del agua es de 14-16 °C. Permanece helado, con una capa de hielo que se aproxima al metro de espesor más de la mitad del año. A él va a desembocar el río Jutuaajoki, uno de los principales de Laponia, junto al Tenojoki, el Torniojoki, o el Ounasjoki, todos excelentes ríos salmoneros.

Otros lagos lapones son el Kemijärvi, el Tekojärvi o el Mieköjäarvi.

EL PUEBLO SAMI

Los Samis habitan las tierras de Laponia desde tiempo inmemorial. En sus orígenes fueron un pueblo nómada dedicado al pastoreo de renos, y en menor medida a la pesca y a la caza.

Hoy en día subsisten de la misma forma, pero la tecnología ha entrado en sus vidas como no podía ser de otro modo, y los medios de los que se valen: motos de nieve, móviles, etc, son mucho más sofisticados. Pero la sabiduría popular heredada de sus antepasados sigue siendo la clave de su éxito en estas remotas tierras.

Son el último pueblo indígena de la vieja Europa, junto con los Inuit de Islandia. Por eso, desde el año 2000, una enmienda

constitucional les reconoce el derecho a desarrollar su lenguaje y cultura, y desde 1989, el Gobierno finés está obligado a escuchar sus necesidades.

Su hogar en Finlandia se extiende por 35 000 Km² de los municipios de Enontekiö, Inari, Utsjoki y el Norte del de Sodankylä. Son unos 8 000 en todo el país, pero sólo 3700, según el último censo viven en Laponia.

Su lengua, declarada oficial en 1992, se denomina "sami", y es hablada por al menos la mitad de ellos, contando con varias formas dialectales. Su léxico es muy rico, posee 400 palabras para referirse al "reno", y una palabra extendida por todo el Mundo: tundra.

Su religión es animista. Para ellos cualquier elemento de la naturaleza tiene un alma, por ello son enormemente respetuosos con la vida que los rodea. Tienen un variado legado de tradiciones orales, cantos, y un traje típico de vivos colores que acompañan con abalorios elaborados con materiales naturales.

Actualmente se ganan la vida gracias a los recursos forestales, cinegéticos y piscícolas; a la venta de manualidades y artesanías, como las famosas tazas "kuksa" de madera de abedul o los cuchillos de

cuerno; y a la cría de renos, que practican un 40% de los samis, pastoreando las aprox. 200.000 reses censadas a través de los bosques y lagos de titularidad pública de los municipios de Inari y Utsjoki.

En 1995 el Gobierno Central aprobó la Ley del Parlamento Sami, órgano oficial que se encarga de representarlos en las Cortes y en el extranjero, así como de distribuir los presupuestos adjudicados a Laponia cada año, la toma de iniciativas, la realización de propuestas y presentación de informes, etc. Desde 1986 poseen su propia bandera, que tiene los colores rojo, verde, azul y amarillo.

Actualmente se está debatiendo el derecho de los samis a gestionar ellos mismos las tierras y los recursos en donde viven.



El autor junto a un pastor de renos con su rebaño, en el lago Pielpajärvi

EL FUTURO

Desde que en 1970 Finlandia aprobara su Programa Nacional para la Conservación de la Naturaleza, acabando con décadas de desarrollismo económico ciego a costa de la explotación insostenible de su naturaleza, Laponia es, al menos sobre el papel, una vasta extensión protegida.

Se han establecido doce Reservas Salvajes para preservar aquellos parajes importantes para la flora, fauna o cultura de Laponia; ocho Reservas Naturales Estrictas, de acceso restringido en su mayoría, creadas con fines científicos; decenas de Áreas Húmedas inventariadas, y 4 de los 35 Parques Nacionales del país,

cuyo propósito es acercar esta riqueza al "gran público", concretan esta protección.

El Estado, titular del 90% del territorio (30% en el resto de Finlandia), administra los recursos a través del Metsähallitus, agencia estatal que se encarga del manejo de los bosques y gestiona el uso público en los espacios naturales.

Pero a pesar de la planificación ecológica, que define esta región como un "conjunto ordenado de masas forestales comerciales, reservas salvajes y áreas de excursionismo", Laponia no escapa de la especulación administrativa.

Actualmente, organizaciones ecologistas locales e internacionales como Greenpeace, junto a Asambleas Locales samis mantienen una dura polémica con Metsähallitus, al que acusan de conceder licencias de corta de bosques maduros -vitales para la supervivencia invernal de los rebaños de renos, que se alimentan de un líquen, el llamado líquen de reno (*Cladina rangiferina*), que sólo crece en este tipo de bosques viejos- a grandes compañías madereras como Stora-Enso, a cambio de dinero.

La violación de los acuerdos firmados supone, según estos colectivos y asociaciones, una pérdida medioambiental incalculable, que pone en peligro

también especies clasificadas como "vulnerables", como el glotón o el urogallo. Todo ello en un país que en el 2004 había propuesto ya 1806 espacios naturales a la Red Natura 2000, proyecto comunitario europeo que pretende conservar la biodiversidad y los ecosistemas más representativos del continente.

Así pues, está en manos de las autoridades finesas buscar otras alternativas, además de las estrictamente madereras, para el desarrollo sostenible de esta parte de Finlandia. Promoviendo, por ejemplo un turismo inteligente y respetuoso con el medio, promocionando y potenciando actividades como la artesanía de sus habitantes o subvencionando la cría de renos. Con ello se logrará preservar uno de los últimos tesoros naturales primarios que quedan en Europa, y podremos legar a las generaciones venideras este paraíso donde aún puede ser posible la convivencia entre el Hombre y la Naturaleza.

Así pues, está en manos de las autoridades finesas buscar otras alternativas, además de las estrictamente madereras, para el desarrollo sostenible de esta parte de Finlandia. Promoviendo, por ejemplo un turismo inteligente y respetuoso con el medio, promocionando y potenciando actividades como la artesanía de sus habitantes o subvencionando la cría de renos. Con ello se logrará preservar uno de los últimos tesoros naturales primarios que quedan en Europa, y podremos legar a las generaciones venideras este paraíso donde aún puede ser posible la convivencia entre el Hombre y la Naturaleza.

* Juan M. Sandín Pérez es astorgano. Es Técnico Sup. en Gestión de Recursos Naturales y ha viajado en numerosas ocasiones a Finlandia.

Fotos del autor.